

DANIELLE LORI

*La*

ELLA TEME LA OSCURIDAD;  
ÉL DOMINA LAS SOMBRAS.

LOCURA  
*más ardiente*



CROSS  
BOOKS

DANIELLE LORI

*La*  
LOCURA  
*más ardiente*

CROSS  
BOOKS

CROSSBOOKS, 2024  
crossbooks@planeta.es  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The Maddest Obsession*  
© del texto: Danielle Lori, 2019

© de la traducción: Alicia Botella y María Brotons (Prisma Proyectos, S.L.),  
2024

© Editorial Planeta S. A., 2024  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: mayo de 2024  
ISBN: 978-84-08-28752-0  
Depósito legal: B. 7.463-2024  
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible  
y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.  
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el  
ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.  
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.  
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras  
y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.  
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o  
escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web  
[www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

## *Lista de reproducción*

*Jealous* – Labrinth  
*when the party's over* – Billie Eilish  
*White Rabbit* – Jefferson Airplane  
*Piano Man* – Billy Joel  
*Iris* – The Goo Goo Dolls  
*To Build a Home* – The Cinematic Orchestra  
*The Good Side* – Troye Sivan  
*Nevermind* – Dennis Lloyd  
*What It's Like* – Everlast  
*Hi-Lo (Hollow)* – Bishop Briggs  
*bury a friend* – Billie Eilish  
*Sorry* – Halsey

# Capítulo 1

*Christian*

*Nueva York*

*Septiembre de 2015*

—Cuéntame algo sobre ti.

El tictac del reloj llenaba el espacio entre nosotros. Con colores cálidos y múltiples asientos, se suponía que la habitación debía ser cómoda. Una pena que la atmósfera no se hubiera enterado; el aire era pesado, como si todas las mentiras allí contadas se hubieran quedado atrapadas para la eternidad.

Entrecerré los ojos al recordar el guiño que Kyle Sheet me había dedicado el día anterior. Él había pasado por lo mismo, aunque enfrentándose a una acusación diferente, y de alguna manera había logrado escaquearse a base de mentiras a pesar de tener *hentai* en su ordenador del trabajo. Yo era una mentira viviente, pero la idea de estar metido en el mismo saco que ese capullo me enfadaba. Combinaba trajes con zapatillas, por el amor de Dios.

Pensativo, me acaricié la mandíbula y admití la verdad.

—Tengo una personalidad adictiva.

La doctora Sasha Taylor no pudo evitar que una chispa de sorpresa se encendiera en sus ojos y, para disimular esa reacción humana, dirigió la atención hacia mi expediente, que se encontraba en su regazo. El pantalón de traje de la rubia no tenía ni una arruga. Había ido a Yale y venía de una familia adinerada. La mujer de treinta y un años tenía todo lo que buscaba: inteligencia, belleza y elegancia.

—¿Alcohol? —preguntó.

Sacudí la cabeza.

—¿Drogas?

«Habría sido más fácil».

—¿Mujeres?

«Mujer».

Otra negación, pero esta vez sonreí.

Dirigió los ojos hacia mis labios, tragó saliva y apartó la mirada.

—Volveremos a esto enseguida. —Hizo una pausa—. ¿Entiendes por qué estás aquí?

Le dirigí una mirada vacía.

Vaciló un instante.

—Sí, claro que lo entiendes. El incidente..., ¿tiene algo que ver con tu... personalidad adictiva?

Miré fijamente sus tacones de color rojo vivo y de pronto me odié a mí mismo por no tener una adicción más leve, como el *hentai*. Elegiría eso por encima del otro desastre todos los días.

«Es de dominio público, Allister. Hazlo aunque no quieras, es lo único que te puedo decir»

Las palabras que me jodieron.

No era un buen hombre y trabajaba para otros aún peores. Sin embargo, había aprendido a una edad demasiado temprana que el mundo no era blanco o negro. A veces, uno está tan sucio que es imposible volver a la luz, y otras, sim-

plemente, se está bien en la oscuridad. Aunque esto último no se aplica a mí; yo nunca pondría en peligro lo que he construido. He trabajado demasiado duro como para echar todo a perder por una mujer. Especialmente una que viste como si Britney Spears y Kurt Cobain hubieran tenido una hija.

—No —mentí.

Si era totalmente sincero, Sasha Taylor me internaría en un centro psiquiátrico en menos de una hora o, más bien, el FBI la haría desaparecer y nunca más se sabría de ella.

—Algunos creen que ocurrió por una mujer —dijo tímidamente.

Arqueé una ceja.

—¿Tú eres algunos, Sasha?

—No.

—¿Por qué no?

—Pareces demasiado... sensato como para comportarte de esa manera por una mujer.

Frío. Quería decir frío.

Y tenía razón, al menos la mayor parte del tiempo. Pero no era el caso de la situación que me había llevado hasta ahí. Tenía una relación estrecha con el frío, en el más literal de los sentidos; en ese momento, sin embargo, me sentía muy alejado de él. Una llama me ardía en el pecho y quemaba los bordes de lo que me quedaba de alma.

Sasha cambió de postura en su asiento y se cruzó de piernas.

—Volviendo a la personalidad adictiva... ¿Te rindes a menudo a tus deseos?

Solo la idea de poder hacerlo me supo a gloria, se me aceleró el corazón, sentí que ardía y me puse tenso. Odiaba a esa mujer por hacer de mi vida un infierno durante años, pero, joder, moría por tocarla, por follarla hasta que borrara

de su memoria al resto de hombres y estuviera la mitad de obsesionada que yo, hasta que le fuera imposible volver a olvidar mi nombre.

Me acaricé los dientes con la lengua y eliminé ese pensamiento, aunque la tensión que me invadía no desapareció.

—Nunca.

—¿Por qué no?

La miré fijamente a los ojos.

—Porque entonces me ganaría.

—¿Y no te gusta perder?

Terminó la frase casi sin aliento.

Casi podía oír los latidos de su corazón mientras nos mirábamos en silencio.

Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y ojeó sus papeles mientras susurraba:

—No, claro que no.

Como el tictac silencioso de una bomba que está a punto de explotar, el reloj se hizo notar. Sasha lo miró y dijo:

—Una pregunta más antes de que se acabe el tiempo de la sesión. ¿Qué haces para lidiar con esta «personalidad adictiva»?

«Fácil».

—Orden.

—¿Prefieres el orden? —preguntó—. ¿En qué circunstancias?

—En todas.

Un rubor sutil empezó a treparle por el cuello y se aclaró la garganta.

—¿Y cuando el desorden llega a tu vida?

Una imagen de cabello abundante, a veces moreno, a veces rubio, piel suave y oscura, pies descalzos y todo prohibido apareció ante mis ojos.

El maldito fuego en mi pecho ardía cada vez más y me

dejaba sin aliento. A pesar de que el dolor solía golpearme como el subidón de una droga, cuando Gianna Russo o, mejor dicho, Marino, estaba de por medio, la sensación se parecía más al bajón. Nauseabundo. Jodidamente amargo.

Respondí apretando ligeramente los dientes.

—Lo soluciono.

Ya en pie, me abroché la chaqueta y me dirigí a la puerta.

—¿Y si no se puede solucionar? —insistió mientras se levantaba de un salto agarrando mi expediente.

Me detuve con una mano en el pomo de la puerta y miré mi muñeca y la goma de pelo escondida bajo el puño de mi camisa.

Un sentimiento sarcástico se apoderó de mi pecho.

—Entonces, Sasha, me obsesiono.